



## Jornada de la Vida Consagrada 2011

La fiesta de la Presentación del Señor en el Templo nos recuerda que María y José llevan al niño Jesús al templo de Jerusalén, cuarenta días después de su nacimiento, para presentarlo y consagrarlo al Señor. Ofrecen el sacrificio de los pobres - un par de palomas en lugar de un cordero (cf. Lv 5, 7; 12, 8), demasiado caro para ellos - y cumplen así las normas de purificación establecidas por la Ley.

Pero la presencia de Jesús en el templo se convierte en cumplimiento de lo anunciado por el profeta Malaquías: “... *vendrá a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, el mensajero de la alianza a quien tanto deseáis; he aquí que ya viene...*” (Mal 3, 1); no tiene necesidad de ser rescatado mediante el pago de una suma de dinero, pues él mismo es el rescate, “la redención de Jerusalén”: “*Refinará a los hijos de Leví y los acrisolará como el oro y la plata, para que presenten al Señor ofrendas legítimas. Entonces agradarán al Señor las ofrendas de Judá y de Jerusalén, como en los tiempos pasados, como en los años remotos.*” (Mal 3, 3-4) Jesús no es santificado, como exigía la Ley para todos los primogénitos (cf. Ex 13, 2.12), sino que es reconocido Santo, como había sido ya proclamado por el ángel en el anuncio a María (cf. Lc 1, 35). Esta primera presencia de Jesús en el templo es como una presentación anticipada del hijo en la casa de su Padre (cf. Lc 2, 49), y una todavía oculta purificación del templo. El Hijo, que es resplandor de la gloria de Dios e imagen perfecta de su ser, viene a realizar la purificación de los pecados (cf. Heb 1, 3), “*está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten*”.

Simeón, “hombre justo y temeroso de Dios”, al ver a Jesús, comprende bajo la guía del Espíritu Santo que su espera se ha cumplido. Ahora puede reunirse ya con sus padres y morir en paz, porque sus ojos han contemplado en aquel niño la salvación de Dios, aquel que es “*luz para alumbrar a las naciones*” y gloria del pueblo de Israel.

Este encuentro de Jesús y Simeón, que toma entre sus brazos al niño, está cargado de múltiples sugerencias y significados: un anciano y un niño se hallan frente a frente, el Antiguo y el Nuevo Testamento, la larga espera y el cumplimiento definitivo. Además, Simeón revela a María que aquel niño será durante toda su vida una señal de contradicción y revelará los pensamientos más íntimos de muchos corazones. Frente a Jesús es necesario tomar posición, o mejor, decidir si se acepta o se rechaza que sea él quien debe juzgar con su luz nuestra vida, quien ha de iluminar nuestras tinieblas.

En el templo está también Ana, una anciana profetisa, viuda, que vive allí desde hace muchos años, sirviendo a Dios día y noche con ayunos y oraciones. Esta mujer creyente, que se ha preparado durante largo tiempo con todas sus fuerzas para el encuentro decisivo con la salvación de Dios, intuye, gracias a la inteligencia que proporciona la fe, que ha llegado finalmente la hora del cumplimiento esperado. Así, al final de su vida,



Carlos López Hernández

Ana alaba al Dios fiel que mantiene sus promesas, y proclama al niño como Redentor y Salvador.

La celebración de esta memoria litúrgica nos lleva a comprender que para encontrar verdaderamente al Señor Jesús y reconocerle como Salvador de todos los hombres son necesarias la pobreza de espíritu y la espera perseverante, que estos dos ancianos testimonian. Se requiere libertad interior para ofrecer por amor nuestros cuerpos, es decir, toda la existencia, en sacrificio vivo, santo y agradable a Dios (cf Rom 12, 1).

Este ideal de la perfecta vida cristiana ha sido asumido por los miembros de los institutos de vida consagrada de modo público ante la Iglesia mediante los votos de obediencia, castidad y pobreza. Este es el camino por el que Dios nos ha llamado a los consagrados participar de la plenitud de vida de su Hijo en la santidad, en el amor entregado, la libertad del espíritu, la alegría de la fe, y la paz que procura la esperanza puesta solo en el Señor.

La comunidad diocesana de Salamanca ha celebrado recientemente con inmenso gozo la canonización de la Madre Cándida, fundadora de las Hijas de Jesús, y ahora espera con alegría y en acción de gracias la ya cercana canonización de la Madre Bonifacia Rodríguez Castro, fundadora de las Siervas de San José. A todos los consagrados que dais testimonio de vuestro amor al Señor y a los hermanos en la Diócesis de Salamanca, y de forma especial a los más jóvenes, os propongo hoy el modelo de seguimiento que nos han dejado Cándida María de Jesús y Bonifacia Rodríguez de Castro.

Los santos son la corona de gloria de la Iglesia. En la perfección del amor, que ha caracterizado la vida de santa Cándida María de Jesús y de la beata Bonifacia Rodríguez de Castro, se manifiesta la gloria de Dios en nuestra Iglesia particular de Salamanca. Hoy, según vuestro deseo, nos referimos especialmente a la fundadora de las Siervas de San José, cuyo sepulcro veneramos en esta Iglesia

En la ciudad de Salamanca vio la luz primera Bonifacia Rodríguez Castro, el día 6 de junio de 1837, en un hogar artesano y profundamente religioso. En el humilde taller de sastrería de sus padres aprendería ella a vivir con alegría la pobreza y a valorar el trabajo manual como cauce de santificación, siguiendo el ejemplo del trabajo artesanal de Jesús en Nazaret.

Al terminar los estudios primarios, Bonifacia aprendió el oficio de cordonera, con el cual debería ganarse la vida y ayudar a su familia, a partir de sus 15 años, cuando fallece su padre, en el año 1853. Bonifacia fue una mujer socialmente privilegiada en su tiempo, pues sabía leer y escribir y tenía un oficio cualificado, que podía ejercer en su propio taller de cordonería, pasamanería y labores, situado en el centro monumental y cultural de la ciudad, enfrente de la Universidad.

A partir de 1865, cuando la familia ya no precisa ayuda, Bonifacia y su madre se entregan a una vida de intensa piedad y convocan en torno a su taller a un grupo



creciente de jóvenes trabajadoras, deseosas de dedicar su tiempo libre al cultivo de su formación cristiana y apostólica. El taller de Bonifacia va adquiriendo una clara dimensión de escuela de oración, de apostolado y de promoción social de la mujer trabajadora. Allí surge la Asociación de la Inmaculada y San José.

Guiada por el jesuita P. Francisco Butinyà (Butiñá), su director espiritual, Bonifacia dará el paso decisivo de fundar, con algunas compañeras de la Asociación Josefina, una nueva congregación religiosa, dedicada a acoger a niñas huérfanas y abandonadas, y a ofrecer a éstas y a mujeres jóvenes trabajadoras instrucción en la fe cristiana y formación en un oficio, para un trabajo digno en la sociedad.

Cuando está preparando su fundación, Bonifacia mantiene una relación muy frecuente de diálogo con la Madre Cándida María de Jesús, que, orientada también, sucesivamente, por los jesuitas P. Herranz y P. Bombardó, había iniciado en Salamanca la fundación de las Hijas de Jesús, el día 7 de diciembre de 1871. Sus Constituciones diocesanas habían sido aprobadas en 1872 por el Obispo Joaquín Lluch i Garriga.

Bonifacia busca en la Madre Cándida consejo para su discernimiento y asesoramiento sobre la forma de llevar a cabo su proyecto. Cuando Bonifacia inicia su fundación, en enero de 1874, la Madre Cándida inaugura su primera escuela en la Casa de la Concordia. Y conocemos por la Reseña Histórica de las Hijas de Jesús que las Siervas de San José establecieron su Taller de Nazaret en la calle Placentinos, en una casa alquilada perteneciente a las Hijas de Jesús. Para ello, la Madre Cándida realizó y pagó las obras necesarias. En esta casa permanecieron las Siervas de San José sólo unos meses, hasta octubre de 1874; por resultarles la casa insuficiente, se trasladaron al Colegio de los Ángeles. Y, según parece, era el Obispo Lluch i Garriga quien pagaba el alquiler. Este Obispo de Salamanca había aprobado las Constituciones de la Congregación de las Siervas de San José el día 7 de enero de 1874. Y la vida de comunidad había comenzado tres días después en el propio taller de Bonifacia. Habían nacido así en Salamanca para la Iglesia las Siervas de San José.

El Decreto del Obispo de Salamanca formula el carisma del nuevo Instituto en tres dimensiones. Las Siervas de San José habrán de buscar “la propia santificación por medio de la oración y el trabajo religiosamente hermanados”, lo que hace del trabajo fuente de vida espiritual; en segundo lugar se ocuparán de preservar del peligro de perderse a las pobres que carecen de trabajo, lo que confiere al Instituto una proyección apostólica de marcado carácter social, en respuesta a una urgente necesidad de la época; y, finalmente, fomentarán al mismo tiempo la “industria cristiana”, es decir, la industria en el taller, que es concebido como lugar de un trabajo digno y cristiano, a la vez que como ámbito de educación de profesionales y apóstoles cristianas desde el mismo trabajo cotidiano.

La fundación de los Talleres de Nazaret respondía a una necesidad social de su tiempo desde el más puro espíritu evangélico y reproduciendo el modelo del Hogar de Nazaret y de la comunión de bienes de la primera comunidad cristiana. Bonifacia, con sencillez



evangélica y con el fruto de su trabajo, había logrado montar un taller con los mejores medios técnicos de la época. En él inicia un camino nuevo hacia una sociedad mejor, que quiere hacer realidad mediante la justicia en las relaciones de trabajo, y con la formación profesional y la promoción social de la mujer; igualmente inaugura una forma nueva de comprender la vida religiosa, en medio del mundo y a través del trabajo, convirtiendo el taller en lugar de oración, de encuentro con Dios y de fraternidad efectiva. La meditación de la vida de Jesús y la oración configuran la formación profesional y el trabajo.

Este proyecto del P. Butinyà y la M. Bonifacia era suficientemente novedoso y audaz para ser aceptado sin contradicción. Las Siervas de San José son una Congregación de religiosas trabajadoras. Sus casas se llaman “Talleres de Nazaret, porque tienen como modelo aquella pobre morada donde Jesús, María y José ganaban el pan con el sudor de su frente”. En los Talleres de Nazaret se vive la experiencia de la oración y el trabajo hermanados; en ellos se acoge a las mujeres sin trabajo para su formación laboral y religiosa.

La Madre Bonifacia y los Talleres de Nazaret, se hicieron muy vulnerables inmediatamente después de la aprobación diocesana de la fundación. En efecto, en abril de 1874 los jesuitas deben marchar al destierro y la Madre Bonifacia queda sin la orientación y protección del P. Butinyà. Igualmente la faltó poco después la protección del Obispo Lluch i Garriga, que fue trasladado a la diócesis de Barcelona. La fundación queda a la intemperie. Comienza para Bonifacia una situación de incomprensión y rechazo por parte de los sucesivos directores nombrados por el Obispo y de su propia comunidad. Bonifacia sufría todo en silencio, fiada de Dios y “corrigiendo con bondad y misericordia”. Pero nada cambió en la orientación de la obra; creía en la misión que había recibido.

Durante un viaje para la unión con otros talleres fundados por Butiñá en Cataluña, Bonifacia fue destituida como superiora y comenzó para ella un tiempo de humillaciones, burlas y calumnias permanentes.

Bonifacia vivió esta contrariedad con profundo amor fraterno y en silencio paciente, con humildad y actitud de perdón. Como solución al conflicto con sus hijas, Bonifacia obtiene la autorización de los Obispos de Salamanca y Zamora y sale de Salamanca en el verano de 1883 a fundar otro Taller de Nazaret en Zamora, de acuerdo con el carisma original, con gran pobreza y abandono. “No tenía ni clavo en pared”. Pasa necesidad, pero Dios le concede la perfecta alegría “como si nada le faltase”. Después de marcharse Bonifacia de Salamanca, se inicia un cambio en la orientación originaria de la Congregación.

En el “Colegio de Desamparadas” de Zamora veía Bonifacia consolidado su proyecto. Pero no tendrían fruto sus intentos de lograr la unión con las hijas de Salamanca. Así, la fundadora debería pasar por la dolorosa humillación de que la casa de Zamora quedara excluida de la Congregación de las Siervas de San José cuando se obtiene en 1901 la



aprobación pontificia. Bonifacia lo sufrió en humilde silencio, pero con esperanza; diría: “Mientras yo viva no se hará la unión. Cuando yo muera”. Y así sucedió. Con fama de santidad murió Bonifacia en Zamora el día 8 de agosto de 1905, y el día 23 de enero de 1907 fue incorporada la casa de Zamora a la Congregación. El gran o de trigo tuvo que caer en tierra y morir para dar fruto.

Este fruto es la Congregación de las Siervas de San José y, sobre todo, la santidad, que convierte a Bonifacia Rodríguez Castro en modelo a imitar por todos los fieles. Como todos los santos, Bonifacia sobresale por la virtud de la caridad enraizada en el amor de Dios y en la total consagración a Él, al que “quería complacer en todo”. De esta fuente brota su entrega total al seguimiento de Cristo virgen, pobre y obediente en la consagración religiosa. Y de la misma fuente del Amor le mana la capacidad de abrir, con libertad y fortaleza, un camino nuevo de vida religiosa y de espiritualidad cristiana, que puede expresarse en estas dos notas: **el seguimiento de Jesús en el misterio de su vida oculta en Nazaret**, contemplado sobre todo como trabajador al lado de María y de José; y **el trabajo, hermanado con la oración, como fuente de vida espiritual y camino de santidad**, a la vez que como ámbito de evangelización y de promoción de la mujer trabajadora.

Permitidme terminar con la lectura del mejor escrito espiritual que conservamos de la Madre Bonifacia. Se trata de una exhortación dirigida a las hermanas de la Congregación el día de Jueves Santo, probablemente del año 1876. Este es el texto:

“Amadísimas Hermanas mías: en estos días en que recordamos la muerte de nuestro amabilísimo Jesús, seríamos indignas de llamarnos religiosas si no pensáramos en padecer por Él para mejor asegurar nuestra salvación.

Es imposible salvarse sin padecer, y nosotras estamos más obligadas, porque, si nosotras no seguimos las huellas de Jesús, ¿quién irá tras de Él? El mundo ya veis cómo le trata con tantos pecados y tantos desprecios como le hace. Anda buscando Jesús quien padezca con Él, quien le ame, quien le siga, y a nosotras nos ha llamado para eso, dándonos nuestra vocación que vale más que todos los bienes y todos los placeres del mundo. Por esto, mis amadas Hermanas, tenemos que ser muy sufridas y muy resignadas, sufriendonos unas a otras nuestras miserias y faltas con grandísima paciencia, porque, si nosotras no sufrimos siendo todas miserables, ¿cómo queremos que nos sufra Jesús que es todo santidad?

Dos uniones tenemos que conservar si hemos de ser felices aquí y ganar el cielo: una unión con Dios por medio del recogimiento, de la oración y del amor al sacrificio y otra unión entre nosotras mismas por medio de la caridad, amándonos todas por igualdad, pues iguales somos delante de Dios!

Para estar unidas con Dios no hay mejor cosa que andar siempre en su presencia, sobre todo desde ahora que le tenemos presente real y verdaderamente en nuestra casa, que debemos convertir en cielo por nuestras virtudes, si es que le hemos de tener contento.



Carlos López Hernández

Ahora podemos decir con toda verdad: Dios está delante de mí y yo delante de Él, me está viendo, me está animando. ¡Ah!, si nunca se apartase de nosotras esa idea ¿con qué fervor haríamos todas las cosas?, ¿cómo aprovecharíamos todos los instantes que nos concede su bondad? ¡Cómo aspiraríamos a agradar en todo a nuestro amante Jesús?

Hermanas mías, cuando la tristeza o la tibieza nos persigan digamos: mi Dios está delante de mí. Cuando la tentación nos dé guerra digamos: el Señor presencia este combate y me ayuda y me fortalece. Cuando tengamos que sufrir un desprecio u otra cualquier pena digamos: el Señor se complace en mi sacrificio, y a todas horas digamos: aquí está Jesús como padre para amarme, como redentor para salvarme, como comida celestial para alimentarme; pero también está como juez para castigarme, si no soy como Él me manda que sea.

Ya sabéis que el demonio se ufana más perdiendo a una religiosa que a muchas almas en el mundo, porque goza más quitándole a Dios lo que Dios ha traído hacia sí con tanto amor. Y como a nosotras no nos puede tentar con las riquezas, porque para nada las queremos; ni con los placeres de los sentidos, porque en este encierro no pueden entrar apenas esas tentaciones; ni con el lujo ni la vanidad, porque no queremos más vestido que el que nos ha servir de mortaja, nos tienta por la propia voluntad y ¡cuántas veces caeremos en ella! El tener voluntad propia en la religión es quitarle a Dios lo que le dimos en nuestra profesión, y el alma de una religiosa que quiera guiarse por su propia voluntad no necesita para perderse que la tiente el demonio, porque ella misma es el mismo demonio que se tienta a sí misma. Al contrario, cuando obramos por obediencia, hacemos obras dignas de su amor, de su aplauso y de su premio, porque le sacrificamos todo lo que somos, nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestros afectos, y esto lo quiere mejor que el sacrificio de nuestro cuerpo y hasta de nuestra vida.

Os quiero decir con santa franqueza que huyáis de una peste mortal para las almas y es el deseo de ser apreciadas y mimadas. Este cuidado no lo tengáis nunca, pues lo tiene Dios por vosotras. Estudiad sólo ser buenas, que ya os amaréis y os amarán sin procuraros vosotras. ¿Qué mimos tuvo Jesús?, los desprecios. ¿Qué alabanzas le hacían?, los insultos y las persecuciones. ¿Y queréis vosotras lo que no quiso Jesús?

Si veis que a alguna se le guarda alguna consideración especial, en vez de sentirlo, alegraos santamente, calculando o que lo merece por más virtuosa o que lo necesita por más tentada. Nunca desconfiéis de vuestros superiores y, si veis que se equivocan, decidle en secreto vuestra sospecha, porque así, se han equivocado o faltado, se enmendarán y si han obrado bien os tranquilizarán.

Tened también en cuenta que debéis atender más al carácter de vuestras Hermanas que cada una al vuestro, más debéis respetar los gustos de las otras que cada una el vuestro, pues debemos ser todas para todas, siguiendo a Jesús, que olvida su condición y su rango de Dios y se hizo pequeño como los hombres, porque vino a servirlos y no a ser servido por ellos.



Carlos López Hernández

Olvidemos, por fin, amadas Hermanas, las ofensas que unas a otras nos hayamos hecho y no andemos miserables al perdonarnos, porque como nos ha de medir Dios con la misma medida que midiéremos a nuestros prójimos, nos exponemos a que no nos perdone tan completamente como necesitamos.

Yo, por mi parte, os pido ese perdón, no sólo por las faltas que haya cometido, sino también os lo pido anticipadamente por las que después por mi debilidad e ignorancia cometiere. Al mismo tiempo os advierto que, si he de ser buena Madre, he de consistir en vosotras y en vuestras oraciones, que, si me ayudáis con ellas, Dios me guiará y me aconsejará. Él nos proteja a todas con su divina gracia. Amén.

Salamanca, 2 de febrero 2011